

IGNACIO RIVAS PUTNAM

Por: MANUEL JOSE FORERO

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 47 y 48, Volumen XIII
Tercer y cuarto Trimestres de 1955*

Con motivo del sepelio de nuestro colega de la Sociedad Geográfica y de la Academia Colombiana de Historia, pronunció el Presidente de aquella el Discurso que publicamos en seguida, como un justísimo homenaje a quien figuró en su nómina con la más elevada pulcritud y sirvió a la Corporación con su valioso concurso de varios años. El académico Rivas Putnam falleció el 5 de septiembre de 1955.

En nombre de la Academia Colombiana de Historia llegó a este lugar glorificado por el signo redentor de la Cruz, para declarar ante la envoltura mortal de Ignacio Rivas Putnam los sentimientos de pena de cuantos fueron sus colegas y amigos.

Muchos motivos concurren en estos momentos doloridos a hacernos sentir la angustia de un gran silencio y el frío de una gran pesadumbre. No hace mucho le vimos llegar al recinto de la Corporación que fue suya por espacio de largos años, con el corazón rejuvenecido, porque ella le había otorgado un título en que fueron exaltados en proporción idéntica los méritos del investigador y las cualidades del hidalgo.

Le vimos, sí, alborozado con el noble alborozo de quien, por sencillo puede gustar el maná de los sentimientos superiores; y feliz porque un fino concurso de caballeros le exornaba con la hoja de un esclarecido laurel, renuevo de aquellos obtenidos por sus mayores en los días inciertos de la Guerra Magna y en los fulgurantes de la Gran Colombia.

Entonces, en tal día jubiloso, quiso la fraternal amistad de Ignacio Rivas que fuese mi voz la que le saludase, y mi espíritu el que interpretase la magnificencia del suyo. Hoy, en el día que amanece lleno de luto para cuantos le conocieron y le amaron, ha querido la voluntad bondadosa de nuestro docto Presidente que sea también mi palabra la que funda en un solo acento su nombre y el estremecimiento del último adiós.

No podría yo detenerme en estos momentos a trazar el bosquejo de lo que fue. Tampoco pedís eso de mí. La amargura que a todos nos sobrecoge hace igualmente inútiles los conceptos propios de laude entristecida, y las resonancias que se apagan al tropezar con los linderos de la muerte.

Al diligentísimo comentador de los hechos y de los hombres de nuestros anales republicanos, y al anheloso buscador de las huellas del hombre antiguo, era justísimo que la Academia de Historia le diera su casa como segundo hogar y el corazón de sus colegas como prolongación de la patria. Poco tiempo nos honró, en estos últimos años, con su presencia de gran señor, de santafereño de puros quilates, en quien la nobleza era resultado y adorno de la estirpe, como la estirpe era condición del señorío.

Sobre lo cual he de recordar delante del silencioso cortejo aquí congregado, que Ignacio Rivas Putnam, al hacer a la Academia donación generosa de la campana cuyo tañido escuchó en sus años de niño, manifestó su deseo íntimo de que volviese a resonar cuando llegase para sus ojos el descanso profundo que todos creemos encontrar en la ausencia de la luz que sí muere. Es fácil apreciar la emoción ingenua, el sentido recóndito y aun el propósito estético encerrado en aquel apacible deseo. Para él cupieron en un eco de campanilla campesina los coros alegres de la infancia, los himnos triunfales de la juventud y las voces melancólicas de la vejez majestuosa y tranquila.

Nosotros, los aquí presentes, le recordaremos en proporción idéntica, ya sea que la campana vibre en la duración de los días, o que permanezca en ellos quieta y muda. Porque, en verdad, no olvidaremos ni su persona ni su nombre.

